



EL IRIS

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE ANTONIO PÉREZ,

SECRETARIO DE ESTADO DEL REY FELIPE II.

ARTÍCULO 11.º (1).

El levantamiento de 24 de mayo había sido aprobado y hasta cierto punto escitado por la alta nobleza que temía las pretensiones del monarca. Seguía de antiguo el pleito con Aragón sobre el nombramiento del virrey: esponían los naturales que no debía admitirse á un castellano para este cargo; sostenía la corona que mientras el gobierno superior estuviese en manos de un aragonés era inevitable la parcialidad; ni podría administrarse recta justicia, ni cesarían las revueltas y alteraciones del país. Para sostener sus aristocráticos fueros existía oculta una liga á que dió consistencia y dirección la venida de Antonio Pérez. Seducidos por sus promesas y habilidad, casi todos los señores principales se unieron para resistir,

creyendo que bastarían pocos esfuerzos para hacer apartarse de sus pretensiones al rey, sin temer que pudiese llegar á punto el negocio de comprometer la lealtad de su obediencia. El duque de Villahermosa, jefe de la aristocracia aragonesa, tenía sobrada importancia por sus riquezas y su posición para tomar parte fácilmente en tentativas insensatas.—El conde de Fuentes, disimulado y sagaz, era antes que todo cortesano fiel, uno de aquellos hombres que viven y mueren á la sombra de los tronos, no encontrando horizonte lejos de su vista.—Temerario y arrojado como pocos, el conde de Morata se apasionaba prontamente por cualquier causa que alagase sus pasiones ó su ambición: una ofensa soñada ó cierta lo precipitaba: una lisonja oportuna le seducía: inconsecuente en sus proyectos, fué uno de los mas ardientes admiradores del prófugo ministro, hasta que, ó conociéndolo mejor ó cautivado con la carta del rey, abandonó por su favor los aplausos populares que con ansia tal había buscado.—Reservado y frío, pero activo y previsor, el conde de Sástago era el mas pronunciado ad-

Junio 20 de 1841.

(1) Véanse los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, y 19.
TOMO I.—20.

lid del virreynato aragonés: fuerza es convenir en que no le guiaba solo el sentimiento foral: acostumbrado á nombrar virreyes á su arbitrio, hombres flexibles que se doblegaban á sus inspiraciones, temia perder el dominio que le daba una superioridad incontestable sobre los señores del reino.—Tal vez era el conde de Belchite el talento mas profundo de aquella liga semi-feudal: animábale el resentimiento porque no le reconocia Felipe como grande de España; pero indolente y ostentoso, era enemigo poco temible á poco que arriesasen las dificultades. Los sucesos de 24 de mayo deshicieron facilmente esta imponente coalicion: vieron los señores que iba mas lejos el movimiento de lo que habian podido pensar, y que, en el estado de Zaragoza y bajo la direccion de Antonio Perez, corrian grave peligro su lealtad y su fortuna. Separóse enteramente entonces la alta aristocrácia; fueron y vinieron cartas á Madrid: buscaron algunos de sus miembros un asilo en la capital y ofrecieron los otros al rey sus auxilios y sus personas.

Pero si el primer sacudimiento revolucionario habia arrojado violentamente á la clase mas elevada, en cambio quedaban los barones y señores organizando nueva insurreccion, apoyados en muchos hombres del pueblo. Distinguíase entre todos el señor de Bárboles, D. Diego Fernandez de Heredia. Los años de su juventud habian pasado entre

los mayores excesos que continuaba sin escrúpulos ni temor: aficionado á las mugeres, temerario y pendenciero, gozaba de una reputacion poco envidiable en Zaragoza: jugador y disipado, habia consumido casi todo su patrimonio en vanos y perjudiciales placeres. Sus maneras francas, su prodigalidad, su audacia le daban cierto ascendiente sobre las clases bajas de la capital de Aragon: rodeado de rufianes y de una juventud ambiciosa y corrompida, se hacia temer de sus enemigos y respetar de las autoridades. Distinguíóle desde luego Antonio Perez, juzgándole el mejor de los instrumentos en sus hábiles manos: hizole frecuentes regalos de joyas y dinero; alagó con promesas y lisonjas su ambicion y su vanidad, de tal manera que el temible señor de Bárboles era el defensor constante del proscrito.—D. Martin de Lanuza, baron de Biescas, estaba reputado por el mozo mas valiente y bizarro de Aragon: caballeroso y altivo, disponía de un prestigio incontestable sobre la juventud zaragozana; respetábale la gente de guerra, y su parentesco con el Justicia le daba cierta sombra de autoridad: seducido tambien por las desgracias y el talento de Antonio Perez, era el mas desinteresado y el mas fiel de sus amigos.—Los señores de Purroy y de la Laguna, Manuel don Lope, D. Pedro de Boléa y otros muchos caballeros, entusiasmados por los aplausos, ó animados por anti-

guos resentimientos se apiñaban en torno de aquellos dos gefes y obedecian ciegamente sus inspiraciones.

Presentábanse como caudillos de las turbas populares Gil de Mesa, Gil González y Gaspar de Burces. Era el primero un hidalgo de Molina, antiguo y bizarro oficial de los tercios flamencos: sin remordimientos y sin temor, tan pronto á servir á un amigo como á atravesar el pecho de un adversario, valiente hasta la temeridad, Gil de Mesa animaba con su voz y con su ejemplo á los partidarios de Perez: unido con él desde su infancia, pariente y afecto suyo, habíale ayudado á salir de la prision de Madrid y estaba resuelto á defenderlo á todo trance.—Estudiante inquieto y bullicioso, Gil González prefería una fortuna improvisada á las penalidades de una carrera larga y azarosa: ingenioso y audaz, poseía una elocuencia vehemente y atrevida que hacía suma impresion en las masas populares: sin buscar precisamente un fin especial, agitador de afición, y ambicioso sin constancia, el novel tribuno se abandonaba sin recelo á los azares del porvenir.—Gaspar de Burces era antiguo conocido del señor de Bárboles á quien había servido en sus lances peligrosos: zapatero sin trabajo, vicioso sin recursos, era uno de aquellos hombres que aparecen en las revoluciones para deshonrarlas con sus excesos: ya se le había visto presentarse el 24 de mayo á referir

ante un pueblo conmovido la escandalosa fábula que costó la vida al marqués de Almenara: trocadas las cosas, se le verá luego delator, asesino y espía.

El estado de Zaragoza despues del último levantamiento era un estado violento y amenazador. Triunfante el motin de las autoridades, había reclutado á todos los hombres de escaso valer que siguen las hue llas de la victoria. Multitud de rufianes extranjeros se agolpaba en las plazas, é inundaban las calles los lacayos, gente desalmada y feroz, especie de condottieros que tenían á sueldo los señores, ya para enfrenar á sus súbditos, ya para ejecutar sus particulares empresas. Desde la muerte del marqués de Almenara quedó Aragon sin gobierno. El virrey D. Jaime Ximeno, obispo de Teruel, era un hombre tímido y de cortos alcances que llenaba nominalmente su cargo; y el Justicia mayor, D. Juan de La-Nuza, y sus lugar-tenientes no tenían libertad para decidirse, oprimidos por los revoltosos, amenazados de continuo por el baron de Bárboles y el temible prisionero que manejaba desde su retiro los hilos de la complicada trama: así, luchando débilmente contra el torrente revolucionario, dejábanse arrastrar á una causa que ya no era la causa del país ni de sus fueros.—El gobernador, D. Ramon Cerdan de Escatron, era poco respetado del pueblo que tanto temió

á su antecesor D. Juan Gurrea, cuyo áspero genio é inexorable carácter tenia á raya á los alborotadores: Cerdan era además pobre y vivia sin la ostentacion propia de su elevado puesto; de modo que cuando le trajo el marqués de Almenara á la capital, fué mas bien despreciado que temido de los bulliciosos zaragozanos. Si, como se creyó al principio, hubiese prendido y castigado á las cabezas del motin de mayo, el trastorno hubiese sido sofocado en su origen; pero, pasada la ocasion oportuna, tanta irresolucion animó á los conspiradores para sostener sus intentos.

Arreglóse entre los señores un proyecto de conciliacion: deseábase enviar comisionados al rey para aplacar su enojo, proponiéndole la entrega de Gil de Mesa, Gil Gonzalez y Gaspar de Burces al brazo del verdugo y al garrote; obteniendo en cambio el perdón de D. Diego Fernandez de Heredia, D. Martin de La-Nuza, Manuel don Lope, y D. Pedro de Boléa, quienes para purgar sus faltas debian marchar á servir á los Países-Bajos. Este arreglo era inicuo y egoísta, puesto que sacrificaba á los hombres del pueblo para salvar á los caballeros que habian tomado tanta ó mas parte que ellos en la última revolucion. Apenas llegó esta noticia á Antonio Perez, habló al señor de Bárboles y al de Biescas, esponiéndoles la infamia de esta conducta y su inminente pe-

ligro, porque el rey no los habia de perdonar jamás: señalóles como autores de un doble espionaje á los orgullosos títulos, y llamando á Gil de Mesa, le enteró de cuanto pasaba. El resultado fué el que debia esperarse: Heredia y Don Martin de La-Nuza deshicieron los planes que se fraguaban en casa del duque de Villabermosa: la irritacion contra la alta nobleza aumentaba de dia en dia, y en la noche del 27 de agosto fué públicamente atropellado y escarnecido el conde de Morata.

Amaneció al fin el 24 de setiembre, y los moradores de Zaragoza se despertaban al ruido de los clarines, al estrépito de los tambores, y al eco acompasado de las patrullas. Formábanse grupos de gente encapotada que se aumentaba incesantemente con los curiosos, y sobre todo con los labradores y jornaleros que, al salir á sus trabajos de vendimia, habian hallado cerradas las puertas de la ciudad por órden del gobernador: esta imprudente providencia aumentó la exasperacion del pueblo y proporcionó inesperados auxiliares á los revoltosos. Dos mil soldados estaban formados en la ciudad: ochocientos se hallaban sobre las armas en el mercado, delante de la cárcel: las boca-calles aparecian obstruidas con carretas: los familiares del Santo-Oficio, venidos de los pueblos comarcanos, discurrían á un lado y otro: el gobernador, armado de pies

á cabeza, recorria la ciudad al frente de una compañía de caballos ligeros en órden de batalla, disipando los grupos, exortando á los ciudadanos á permanecer tranquilos en sus casas y á sostener en caso necesario la autoridad. Habiase prohibido por bando toda especie de aclamaciones. Al llegar cerca de San Pablo, un muchacho, que se habia asomado á la ventana por ver pasar la caballería, gritó «¡Viva la libertad!» al punto sonó una descarga que en obediencia de sus órdenes anteriores hizo la tropa, y el infeliz, traspasadas las sienes por una bala, cayó muerto en el acto. El barrio entero se alarmó: los gritos y las imprecaciones resonaron con furia; y entrando algunos hombres en la parroquia, comenzaron á tocar á rebato las campanas.

No tenia el gobernador la mayor confianza en la gente de guerra que le dieran los señores para defender su autoridad: el conde de Aranda, al entregarle sus fuerzas, le advirtió que estaban en mal sentido; y los disciplinados arcabuceros, que habia traído el duque de Villahermosa de su fortaleza de Pedrola, se confundian con los feroces lacayos llamados por D. Diego de Heredia de su castillo de Bárboles.

Entretanto, llegada la hora del consejo, acudieron los oficiales de la Inquisición con sus letras fundadas en el parecer de la junta de los trece jurisconsultos; como estaba convenido de antemano, proveyóse

la entrega de Antonio Perez y de Juan Francisco Mayorini. Partieron al instante á la carcel los encargados de recibir los presos; y para autorizar la entrega dirigiase el virrey con su comitiva á la plaza del Mercado: acompañaban al obispo de Tírruel los tribunales civil y criminal, un lugarteniente del justicia, un diputado del reino y dos jurados de la ciudad: seguian el duque de Villahermosa, los condes de Aranda, Morata y Sástago, señores y caballeros, familiares del Santo-Oficio y un piquete de soldados á guisa de escolta ó guardia de honor. El paso de la comitiva fue hasta cierto punto acompañado del mas profundo silencio: al bajar por la calle Mayor hiciéronle algunos lacayos una descarga cerrada, pero de bastante lejos, dispersándose en seguida sin acercarse. Al llegar á la plaza se adelantó el gobernador á recibirla, seguido de algunos oficiales y gefes: mil doscientos hombres ocupaban aquel recinto y las calles mas próximas, preparados en buen orden. Un diputado del reino, un lugarteniente del Justicia y un jurado de la ciudad pasaron á la cárcel para devolver los prisioneros á los comisarios del Santo-Oficio, mientras el virrey, con todo su acompañamiento, subia á unas ventanas, frente de la Manifestacion, para presidir y presenciar la entrega.

Sentados en la sala principal, mandó el lugar-teniente Micer Clavería que bajase Antonio Perez:

con ceremonia cabal y á pesar de sus protestas se hizo entrega de su persona: repitióse la misma fórmula con su secretario, y echándoles grillos en los pies, y avisado el coche á la puerta, se preparaban los comisionados á salir. Bajaban ya la escalera cuando sonó en la plaza terrible estrépito con alarmante gritaría: varias cuadrillas armadas de mosquetes y pedreñales desembocaban por las avenidas haciendo fuego sobre la gente de armas: mandábalas D. Martin de La Nuza que, viendo empeñado el combate, se retiró á buscar á Gil de Mesa, quien se presentó al punto con su tropa de lacayos tan arrojados como él. Poco ansiosos de pelear, seducidos en gran parte por intrigas anteriores y amedrentados por aquel ataque inesperado y repentino, los soldados abandonaron prontamente el campo, seguidos por el populacho que los llenaba de insultos y maldiciones. Quedaban algunos todavia haciendo fuego detras de los postes del mercado y de las esquinas; pero acudiendo mas gente, huyeron dejando la plaza desamparada. Adelantóse entonces hácia la carcel Gil de Mesa, caudillo ya reconocido de la insurreccion: con una descarga de arcabucería hizo despejar las ventanas en que estaba el virrey con su acompañamiento: matando una de las mulas, inutilizó el coche que estaba preparado para la conduccion de los presos. Al frente de unos pocos caballos esfor-

zábase el gobernador por detener las ventajas de los amotinados: contaba con la infantería y la infantería le abandonó: no habia lugar para la fuga: estaba herido con dos balazos de arcabuz, y hubiera perecido lastimosamente, si Pedro Fuerte, capitaz de los pelaires, no le hubiese tomado bajo su proteccion, dando tiempo para que se escondiese en una casa contigua á la de Serafin de la Cueva que cuatro meses antes habia sido saqueada. Oculto allí en una caballeriza, pudo salvarse de la furia popular.

Rotos los diques de la obediencia, ensoberbecidos por su completa victoria, no conocian ya los revoltosos freno ni barrera á sus desmanes. Huian los señores y eran alcanzados por el arcabuz ó el puñal de la alborotada gente. Sonaban los insultos y denuestos contra las autoridades del pais, amenazando tirarlas por las ventanas: para realizar su intimacion, cercaron los amotinados la casa de su refugio, y arrimando el coche destrozado le pegaron fuego para franquear las puertas sin tardanza. Entonces varios vecinos honrados que habian permanecido espectadores impassibles del alboroto, no pudiendo sufrir tal atentado á las leyes, se arrojaron en medio de los grupos con espada en mano. Víctimas de su noble arrojo, de su generosa temeridad, cayeron muchos ciudadanos muertos y mal heridos. El señor de Somanes, el baile de Daroca, Juan Luis Moreno, Juan

Lasala, Pedro Gerónimo Bardaxí, que había sido zalmedina de Zaragoza y enviado por la ciudad á la corte, Juan Palacios, escribano de mandamiento y del consejo supremo de Aragon, sucumbieron, entre otros muchos, atravesados á puñaladas. Entretanto, rompiendo tabiques y cruzando tejados, escapó el virrey-obispo con parte de su comitiva al palacio de Villahermosa. De los señores que no pudieron huir, los unos perecieron, compraron otros su libertad á costa de dinero y de bajezas, se entregaron cobardemente muchos y pocos se hicieron matar con la espada en la mano.

No habiendo ya resistencia en parte alguna, inundaron los revoltosos las casas del mercado; y abriendo las ventanas cerradas cuidadosamente hasta entonces, asomaron mugeres y muchachos con salvas y gritos de alegría, aclamando á Gil de Mesa, y arrojándole dulces y cuanto encontraban para celebrarle.

«¡A la Manifestacion!» gritaron los gefes del motin, y estacionándose á la puerta los exaltados grupos, pidieron entre alaridos y amenazas la salida de los prisioneros. Entonces comenzaron á desarmarse llenos de temor los ejecutores de aquel paso, y quitando los grillos á Antonio Perez, suplicáronle que se asomase á la ventana para satisfaccion y sosiego de los revoltosos. Apenas se presentó resonaron los aplausos y aclamaciones «¡viva Antonio Perez!» salia del centro de la muchedumbre; pe-

ro, no contenta con su vista, demandaba que bajase. Quieto el ministro rehusaba salir, por temor, decia, de alguna asechanza. Pero como el peligro arreciaba por momentos, como la mucha sangre derramada aquel dia teñia aun las calles de la ciudad, los oficiales de justicia le rogaban que, saliendo de la cárcel, conjurase la tempestad que iba sobre todos á caer. Firme y desapiadado, escuchó Antonio Perez aquellas súplicas hasta que el mismo lugar-teniente le pidió que bajase: demandó entonces auto que certificase por cuya órden salia de la prision; pero en aquel momento no habia oficial ni notario que pudiese dar fé de lo que pasaba, y entretanto sonaban con nueva furia las imprecaciones de la plebe. El prisionero al fin se decidió, y saliendo por un postigo, se presentó á aquellos hombres embriagados con su triunfo. Los saludos, los vítores, la algazara acompañaron su salida: rodeado de gente entusiasmada, apenas podia dar un paso entre los grupos que le sofocaban con sus afectuosas demostraciones. En su mano estaba la vida de los oficiales de la Inquisicion y de los comisarios de la entrega: una voz, una palabra suya hubiese precipitado de nuevo al pueblo en la cárcel; no la pronunció. Cercado de lacayos y de jóvenes que habian hecho sobre su cabeza desnuda una bóveda de espadas, como en señal de proteccion honorifica, saludado con vítores á que correspondia con graciosas inclina-



ciones, atravesó la plaza del Mercado y llegó á casa de D. Diego de Heredia, donde descansó algunos instantes mientras partía otro nuevo tropel á buscar á Juan Francisco Mayorini. Habíanse eclipsado todos los gefes del movimiento: Antonio Pérez era el dictador del día.

Calmada apenas la furia popular, salió por la tarde la clerecía de San Pablo con los frailes de S. Francisco. Formados en procesion, precedidos de cruces y guiones, con hachas de viento y las cabezas inclinadas, pasearon las calles de la ciudad pidiendo á Dios misericordia y paz, entonando los lúgubres salmos del profeta. Serenada la tempestad humana, apartados de la vista pública los mutilados cadáveres, declaróse en el cielo una tormenta horrible de agua y granizo con truenos que estremecian las torres mas altas de los monasterios. Pronto pasó: volvieron á llenarse de gente las calles, y á referirse públicamente los sucesos de las pasadas horas.

Entretanto montó Antonio Perez á caballo, y acompañado de Gil de Mesa, de un amigo y de dos valientes lacayos de Bárboles, marchó hacia las puertas de la ciudad con direccion á Francia. Seguiale aclamando la multitud, saludándole con votos y gritando entusiasmada «¡Viva la libertad! — Animo, hijos míos, decia el proscrito deteniéndose; ánimo: con esa voz no hay que temer que todo se os hará llano.»

Nueve leguas caminó hácia las

cinco villas: cerca de Tauste despidió al amigo y á los lacayos que le acompañaban: su ánimo era pasar los Pirineos por el valle de Roncal; pero las providencias tomadas en la frontera le hicieron desistir de su intento: por otra parte los pueblos de Aragon estaban asustados con el motin de Zaragoza; y en caso tan crítico, resolvióse á ocultarse en el monte con Gil de Mesa. Sin otro alimento que algunos pedazos de pan, sin agua que beber, á escasa ración del vino tinto que por acaso llevaron, ocultos como fieras en las cavernas durante las horas de sol, saliendo por la noche á buscar á tientas un manantial que aplacase su sed, permanecieron tres días aquellos dos infelices hasta saber que el gobernador, aunque despacio en razon de sus heridas, marchaba en su busca con alguna gente de guerra. Entonces, por consejo de D. Martín de La-Nuza, volvieron disfrazados á Zaragoza y se alojaron en su casa.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

DOS VISITAS

AL PRINCIPE DE LA PAZ. (1)

En aquel tiempo, reinaba en España Carlos IV con potestad absoluta, ni mas

(1) Con satisfaccion suma publicamos el artículo de nuestro ilustrado colaborador D. An-

ni menos como su padre y tios y abuelos habian reinado; pero reinaba menos querido y particularmente menos respetado que sus antecesores; y, absoluto como era el rey, mandaba en él la reina su consorte, y en el rey y la reina un valido prepotente. Generacion es la nuestra olvidadiza, y no poco ignorante de las cosas de ayer, aunque mucho presume entender y bastante sepa de sucesos y negocios de fecha mas antigua; al cabo como generacion criada en medio de grandes mudanzas y cuya ocupacion ha sido hacer ó presenciar la destruccion del edificio social donde vivian sus padres. Treinta y tres años no mas median entre el día en que estamos y la hora postrera de la antigua monarquía española, y en plazo tan breve ni idea queda de la situacion de nuestra patria, tal cual era antes que en Aranjuez hubiese caido de las sienes del monarca al suelo la corona al empuje de un motin, para no levantarse sino cubierta de polvo ó cieno, quedándole tan empañado el lustre que no ha alcanzado esfuerzo alguno á restablecerla en su antiguo ser, ni á volverle el amor y reverencia que su decoro hasta entonces immaculado inspiraba.

Reinaba Carlos IV en 1807, y el gran trastorno pasado en la nacion vecina donde habia subido al cadalse á ser públicamente degollado un rey, pariente cercano del de España, y antes poderosísimo, y el principal de la antigua escelsa estirpe de los Borbones, así como el huracan que habia volcado varios tronos de Europa, no habian al parecer ni conmovido siquiera la fabrica política de la monar-

tonio Alealá Galiano. En la soledad de la vida estudianta de profesor, á que la necesidad le condena, trabajando para vivir con su estudio y sus tareas, al cabo de sus años, de su reputacion y de los azares de su fortuna, el célebre orador gaditano se entretiene en escribir algunos de los recuerdos de su juventud. Participe de nuestros trabajos literarios, confiamos en que mas de una vez vendrán sus escritos á honrar amenizándolo, las columnas de nuestro periódico.

(Nota de la redaccion).

quía de aquí de los Pirineos. Bien es verdad que las apariencias engañaban como suelen, y que el edificio, aunque ciertamente entero todavía y cabal, estaba no poco quebrantado, cuarteado, y en peligro próximo de venirse á tierra. Y no era solo el mal ejemplo de afuera, ni las ideas nuevas dominantes en algunos entendimientos doctrinados por libros franceses, lo que tenia debilitadas las fuerzas y como dañadas las entrañas del cuerpo social y político, tan robusto en los tiempos de Felipe II, al cual habia infundido vigor y como vida nueva Luis XIV de Francia al ponerle bajo el gobierno de su nieto, y que acababa de mantener Carlos III en buena salud y no inferior tono. La fortuna habia salvado el cetro español de ser roto, cuando caian reducidos á menudos fragmentos otros que bien debian creerse mas seguros. La República, enemiga y destructora de los reyes, tuvo algun tiempo por único aliado al rey mas cercano pariente de aquel Luis XVI á quien todavía llamaban como por mofa «Capeto» sus matadores, cuando vivian en amistad con el Borbon reinante en Madrid. El trono cuyos cimientos estaban amasados con la recién vertida sangre del *Duque de Enghien* se alzaba al lado del que ocupaba el primo del malaventurado mancebo, sirviéndole casi de arrimo, y haciéndole grata sombra, como si le protegiese en vez de servirle de horror y espanto.

Pero la potestad real se habia desacreditado á sí misma en el concepto de los antes vasallos sumisos. La privanza de un hombre achacada al mas feo origen, y llegada al extremo, y los desórdenes de la corte tenian muy menoscabada la reverencia con que miraba el pueblo español al sítio de sus reyes, á las sagradas personas de estos, y aun á todo cuanto las rodeaba. No porque fuese el privado un monstruo de maldad, ni un prodigio de estupidez, como se lo figuraba y decia el aborrecimiento popular llevado muy allende la jus-

ta medida. Pero el príncipe de la Paz estaba destinado á ser la víctima espiatoria de muchos pecados graves y leyes, de fechas diversas, siendo el blanco de afectos de ódio harto diferentes en su origen y no mas acordes en el fin á que caminaban.

Regia él en tanto la monarquía española, aborrecido sí, pero servido y adulado; con debilidad verdadera y completa robustez aparente; próximo á perderlo todo, pero dueño todavía de España entera, señora de tantas y tan ricas tierras en aquel tiempo; coloso con los pies apolillados, al cual generalmente se maldecía y vaticinaba ruina segura y no distante; pero coloso en pie y puesto en el santuario del poder, cuya presencia imponía miedo y hasta cierto linage de veneracion, no habiendo quien osase, aunque no le confesase la divinidad, negarle el culto.

Porque entonces el rey era rey y los ministros ministros, y los grandes grandes, y los pequeños pequeños, y la prianza realidad, y la obediencia seguía al mandato, y el descontento no pasaba á ser irreverencia, y los innovadores tenían allá sus ideas y doctrinas para servirles como de entretenimiento, y el pueblo seguía material é intelectualmente por su acostumbrado camino. Y era la última hora, pero siendo la última, era hora de aquel día, tan diferente de los que inmediatamente siguieron, y tan poco parecido á los en que ahora estamos.

En enero de 1807 residía la córte en Aranjuez cuyo clima por demas desabrido en invierno le parecia tolerable á truco de no vivir en el bullicio de Madrid, donde la curiosidad pública le acechaba y la malignidad contaba, abultándolo, cuanto malo en ella descubria. Vivía la familia real triste y recelosa, en parte por ser costumbre la tristeza en los palacios de España, en parte por saberse mal querida no sin cierta conciencia de ser el desafecto con que el pueblo la miraba un tanto merecido,

aunque estremado. Madrid tampoco era á la sazón una capital divertida, faltando en ella como ahora y mas que hoy el bullicio y tráfigo propios de una población industriosa ó mercantil, no existiendo todavía la agitacion política que de algun tiempo á esta parte la está siempre conmoviendo y animando, y careciéndose hasta de tertulias concurridas y lucidos bailes, porque la suspicacia del gobierno llevaba á mal la reunion de gentes en crecido número, suponiendo que donde muchos se juntasen se habria de formar un foco de sedicion ó conspiracion, ó comunicándose el ódio de unos á otros, se desahogaria en acerbos murmuraciones cuando menos. La *Gaceta de Madrid* leida en voz alta en algunos cafés daba entretenimiento á un gremio mas ó menos reducido de noveleros que oían, y creían admirados los boletines del grande ejército francés, viendo en *Napoleon* no solamente al esclarecido capitán y no menos insigne monarca, sino así mismo al fiel aliado de la monarquía española.

En la época á que me refiero, vino á distraer de la igual y cansada vida que se pasaba, la noticia de que el príncipe de la Paz habia sido nombrado Almirante. Grande novedad fue esta para pueblo que veía pocas, verdad es que no admiraba saber de aumentos en la prianza de quien ya lo podia y era casi todo. No habia el recién nombrado Almirante pisado las cubiertas de un navio, á no ser cuando en compañía de los soberanos habia ido á verlos anclados en los puertos, pero, sin ser marino, era generalísimo de la mar así como de la tierra desde 1801. Lo que en la nueva dignidad por él recibida era notable y daba margen á mil discursos, y pensamientos y conjeturas, y al disgusto y temor casi universales, y quizá á la alegría y esperanza de sus amigos, por cierto muy pocos, era el dictado de «*Serenísimo Señor*» y el tratamiento de «*Alteza*» que con el cargo de Almirante se le señalaban, habria llegado el valido á la clase de in-



fante de España? ¿Lo que en época anterior dió que temer el haber tomado el título de príncipe, en España dado solamente á los primogénitos de los reyes; lo que despues se hizo mas probable cuando, casándose el afortunado favorito con la hija de un Borbon, contrajo cercano parentesco de afinidad con la real familia iria á confirmarse ahora? ¿Seria tal vez llegado el momento de que se sentase en el sòlio quien ya le andaba tan inmediato, y puesto delante de él le servia como de pantalla?

Pero entre tantas dudas, y recelos y murmuraciones, un pensamiento fue general, y era el de acudir á hacer nuevo homenaje á quien tan alto estaba en la gracia del soberano. Querido ó no, tenia en su mano la autoridad, y á quien la poseia entonces se le acataba, no solo por miedo á su ira ó esperanza de su favor, sino por ser hábito la veneracion externa, aunque el respeto de lo interior del alma no la acompañase. Además en aquellos días, cuando no se conocia otro poder que el de la corte, deslumbraba y hasta heria agradablemente la vista y la imaginacion el resplandor que de ella salia. Fue algo mas y mejor que lisonja, aunque de ruin adulacion tuviese no poco, el movimiento y bien puede decirse el impetu que precipitó á Aranjuez para dar respetuosos parabienes al príncipe Almirante á todo lo mas granado que Madrid encerraba.

Tenia yo entonces muy corta edad, estando en el medio entre mis diez y siete y diez y ocho años. Me habia ya nutrido el entendimiento con la lectura de bastantes obras de las llamadas filosóficas, y era por consiguiente liberal con matices de republicano, teniendo en poquísimo el altar y el trono, y formándome así mismo en mi imaginacion planes de vivir ageno de adulaciones palaciegas. Pero aunque tuviese á la sazón mas que un mediano pasar, mi caudal no me aseguraba mi futura suerte en términos de consentirme vivir sin buscar una carrera donde sirviese y me-

drase como empleado. Acababa mi padre de perder gloriosamente en la batalla de Trafalgar una vida que habia corrido con no menos gloria. Habíanle cantado los poetas y celebrado los oradores, y el gobierno con buenas palabras, si bien no con obras, se mostraba dispuesto á premiar en mí su único hijo varon, sus méritos y sacrificios. Era yo, pues, en 1807, pretendiente algo á mi despecho, pero lo era. Así que ir á Aranjuez á presentarme al príncipe de la Paz y desde mi pequeñez felicitar á su alteza, venia á ser en mí en aquella ocasion un acto casi forzoso.

Me preparé, pues, al viaje ó, hablando con mas propiedad, á él me prepararon los que entonces me gobernaban. Mi madre y tutora no estaba por aquellos días á mi lado, habiéndose quedado en Cádiz mientras yo pasaba en Madrid algunos meses. Mi abuelo, general anciano agregado á la plaza de Madrid, al cual los achaques, mas todavia que los años, tenian quebrantadísimo, habia sido un oficial valiente, pero era hombre, si de buen talento, de pocas letras, y en estremo aficionado á la corte y al obsequio á los poderosos, bien que no llegase á rayar en baja su rendimiento. No así mis dos tíos sus hijos que residian en la capital. El mayor de ellos (Don Vicente) á la sazón consejero de hacienda, tenia clarísimo entendimiento y vastísima y varia instruccion, de que habia dado muestras en algunos cortos pero buenos escritos, y en muchos servicios hechos en los diversos empleos que habia servido en su brillante carrera. Era laborioso empleado, y aunque residente por muchos años en la corte, y en continuo roce con el palacio y los ministros, tenia poquísimo mundo, habiendo repartido su vida entre el trabajo de bufete, la lectura y el descanso en el rincón de su casa y casi solo. Tenia hábitos de cortesano y pensamientos y doctrinas por entonces de filósofo y liberal, de lo cual resultaba en su modo de vivir y ver, un fuerte contraste. Abor-

ta medida. Pero el príncipe de la Paz estaba destinado á ser la víctima espiatoria de muchos pecados graves y leyes, de fechas diversas, siendo el blanco de afectos de ódio harto diferentes en su origen y no mas acordes en el fin á que caminaban.

Regia él en tanto la monarquía española, aborrecido sí, pero servido y adulado; con debilidad verdadera y completa robustez aparente; próximo á perderlo todo, pero dueño todavía de España entera, señora de tantas y tan ricas tierras en aquel tiempo; coloso con los pies apollillados, al cual generalmente se maldecía y vaticinaba ruina segura y no distante; pero coloso en pie y puesto en el santuario del poder, cuya presencia imponía miedo y hasta cierto linage de veneración, no habiendo quien osase, aunque no le confesase la divinidad, negarle el culto.

Porque entonces el rey era rey y los ministros ministros, y los grandes grandes, y los pequeños pequeños, y la privanza realidad, y la obediencia seguía al mandato, y el descontento no pasaba á ser irreverencia, y los innovadores tenían allá sus ideas y doctrinas para servirles como de entretenimiento, y el pueblo seguía material é intelectualmente por su acostumbrado camino. Y era la última hora, pero siendo la última, era hora de aquel día, tan diferente de los que inmediatamente siguieron, y tan poco parecido á los en que ahora estamos.

En enero de 1807 residía la corte en Aranjuez cuyo clima por demas desabrido en invierno le parecia tolerable á trueco de no vivir en el bullicio de Madrid, donde la curiosidad pública le acechaba y la malignidad contaba, abultándolo, cuanto malo en ella descubria. Vivía la familia real triste y recelosa, en parte por ser costumbre la tristeza en los palacios de España, en parte por saberse mal querida no sin cierta conciencia de ser el desafecto con que el pueblo la miraba un tanto merecido,

aunque estremado. Madrid tampoco era á la sazón una capital divertida, faltando en ella como ahora y mas que hoy el bullicio y tráfigo propios de una población industriosa ó mercantil, no existiendo todavía la agitación política que de algun tiempo á esta parte la está siempre conmoviendo y animando, y careciéndose hasta de tertulias concurridas y lucidos bailes, porque la suspicacia del gobierno llevaba á mal la reunión de gentes en crecido número, suponiendo que donde muchos se juntasen se habria de formar un foco de sedición ó conspiración, ó comunicándose el ódio de unos á otros, se desahogaría en acerbos murmuraciones cuando menos. La *Gaceta de Madrid* leída en voz alta en algunos cafés daba entretenimiento á un gremio mas ó menos reducido de noveleros que oían, y creían admirados los boletines del grande ejército francés, viendo en *Napoleon* no solamente al esclarecido capitán y no menos insigne monarca, sino así mismo al fiel aliado de la monarquía española.

En la época á que me refiero, vino á distraer de la igual y cansada vida que se pasaba, la noticia de que el príncipe de la Paz habia sido nombrado Almirante. Grande novedad fue esta para pueblo que veía pocas, verdad es que no admiraba saber de aumentos en la privanza de quien ya lo podía y era casi todo. No habia el recién nombrado Almirante pisado las cubiertas de un navio, á no ser cuando en compañía de los soberanos habia ido á verlos anclados en los puertos, pero, sin ser marino, era generalísimo de la mar así como de la tierra desde 1801. Lo que en la nueva dignidad por él recibida era notable y daba margen á mil discursos, y pensamientos y conjeturas, y al disgusto y temor casi universales, y quizá á la alegría y esperanza de sus amigos, por cierto muy pocos, era el dictado de «*Serenísimo Señor*» y el tratamiento de «*Alteza*» que con el cargo de Almirante se le señalaban; habria llegado el valido á la clase de in-



fante de España? ¿Lo que en época anterior dió que temer el haber tomado el título de príncipe, en España dado solamente á los primogénitos de los reyes; lo que despues se hizo mas probable cuando, casándose el afortunado favorito con la hija de un Borbon, contrajo cercano parentesco de afinidad con la real familia iria á confirmarse ahora? ¿Seria tal vez llegado el momento de que se sentase en el s6lio quien ya le andaba tan inmediato, y puesto delante de 6l le servia como de pantalla?

Pero entre tantas dudas, y recelos y murmuraciones, un pensamiento fue general, y era el de acudir á hacer nuevo homenaje á quien tan alto estaba en la gracia del soberano. Querido 6 no, tenia en su mano la autoridad, y á quien la poseia entonces se le acataba, no solo por miedo á su ira 6 esperanza de su favor, sino por ser hábito la veneracion externa, aunque el respeto de lo interior del alma no la acompaÑase. Ademas en aquellos días, cuando no se conocia otro poder que el de la corte, deslumbraba y hasta heria agradablemente la vista y la imaginacion el resplandor que de ella salia. Fue algo mas y mejor que lisonja, aunque de ruin adulacion tuviese no poco, el movimiento y bien puede decirse el impetu que precipitó á Aranjuez para dar respetuosos parabienes al príncipe Almirante á todo lo mas granado que Madrid encerraba.

Tenia yo entonces muy corta edad, estando en el medio entre mis diez y siete y diez y ocho aÑriles. Me habia ya nutrido el entendimiento con la lectura de bastantes obras de las llamadas filosóficas, y era por consiguiente liberal con matices de republicano, teniendo en poquisimo el altar y el trono, y formándome asi mismo en mi imaginacion planes de vivir ageno de adulaciones palaciegas. Pero aunque tuviese á la sazón mas que un mediano pasar, mi caudal no me aseguraba mi futura suerte en términos de consentirme vivir sin buscar una carrera donde sirviese y me-

drase como empleado. Acababa mi padre de perder gloriosamente en la batalla de Trafalgar una vida que habia corrido con no menos gloria. Habíamle cantado los poetas y celebrado los oradores, y el gobierno con buenas palabras, si bien no con obras, se mostraba dispuesto á premiar en mí su único hijo varón, sus méritos y sacrificios. Era yo, pues, en 1807, pretendiente algo á mi despecho, pero lo era. Asi que ir á Aranjuez á presentarme al príncipe de la Paz y desde mi pequeñez felicitar á su alteza, venia á ser en mi en aquella ocasion un acto casi forzoso.

Me preparé, pues, al viaje 6, hablando con mas propiedad, á 6l me prepararon los que entonces me gobernaban. Mi madre y tutora no estaba por aquellos días á mi lado, habiéndose quedado en Cádiz mientras yo pasaba en Madrid algunos meses. Mi abuelo, general anciano agregado á la plaza de Madrid, al cual los achaques, mas todavia que los años, tenian quebrantadísimo, habia sido un oficial valiente, pero era hombre, si de buen talento, de pocas letras, y en extremo aficionado á la corte y al obsequio á los poderosos, bien que no llegase á rayar en bajeza su rendimiento. No así mis dos tíos sus hijos que residian en la capital. El mayor de ellos (Don Vicente) á la sazón consejero de hacienda, tenia clarísimo entendimiento y vastísima y varia instruccion, de que habia dado muestras en algunos cortos pero buenos escritos, y en muchos servicios hechos en los diversos empleos que habia servido en su brillante carrera. Era laborioso empleado, y aunque residente por muchos años en la corte, y en continuo roce con el palacio y los ministros, tenia poquisimo mundo, habiendo repartido su vida entre el trabajo de bufete, la lectura y el descanso en el rincon de su casa y casi solo. Tenia hábitos de cortesano y pensamientos y doctrinas por entonces de filósofo y liberal, de lo cual resultaba en su modo de vivir y ver, un fuerte contraste. Abor-

recia al príncipe de la Paz, pero le respetaba, no ciertamente por vileza sino porque el respetar á un hombre alto en dignidad, y á quien favorecian sus reyes le parecia cosa precisa y natural así mismo. Su hermano menor, (Don Antonio) hombre tambien de talento y de lectura, aunque mucho menos y no tan selecta ni varia, coincidía con él en principios liberales por aquel tiempo, pero no se le parecia en el modo de reducir á práctica su teórica, porque era harto menos cortesano y su condicion sino mas firme, mucho mas violenta y arrojada. Habia pasado su vida de magistrado en las dos chancillerías, y estaba recién ascendido á alcalde de casa y corte. Su oposicion al gobierno que regia se mostraba en sus acciones, si bien estas no llegaron á hacerle rebelde, cosa en que entonces no se pensaba, ni desobediente, por no ser aun tolerada la desobediencia en un servidor del estado, ni creer los hombres que desobedecer y servir son cosas que se deben ó pueden hacer á un tiempo mismo. Mis dos tios se prepararon, pues, á ir al real sitio llevandome consigo; el uno creyendo hacer una cosa corriente, el otro como doblándose á un acto de condescendencia; y ambos puesta la mira, mas que en su provecho, en el mio. Mi abuelo, no obstante su asma rebelde, quería ir acompañándonos, por tener el gusto de hacer la corte, pero hubo de reducirsele á que desistiese de su empeño, no sin encargar él que le disculpasen con el Almirante, quien, cierto, se cuidaba poco de tener una persona de mediana nota mas ó menos en la turba numerosa que á postrarse ante él acudia.

Pues se iba á dar el paso, bueno era darle bien, porque así como, segun la aguda, rhistosa y exacta espresion que hemos oido á un militar valiente, si se llega á huir en la guerra debe huirse lo mejor y mas velozmente posible, en materia de obsequios que tienen mucho de lisonjas, los que se hagan deben ser los mas esmerados.

Pareció á mis tios que sería dar un gran golpe llegar á Aranjuez anticipándose á los demas felicitantes, de donde auguraban que tendríamos el mejor recibimiento que esperar se podia, y aun tal vez que para mis pretensiones resultaria de ello notable ventaja. Alquiláronse y se apostaron buenos tiros: hicimos los demas aprestos con celebridad, vestimos trage de corte, y á pocas horas de proyectado el viage estábamos ya en camino.

El que de Madrid vá á Aranjuez presentaba á la vista en aquel día un espectáculo animado, en cierto grado alegre y en alguna manera hermoso. No porque sus pobres vistas, y escasa poblacion, y pocos y ruines árboles hasta llegar á la cuesta de la Reina tuviesen mas belleza entonces que tienen ahora, pues su fealdad de aquellos dias era enteramente igual á la de hoy, y hasta las espesas y frondosas arboledas de Aranjuez y sus inmediaciones, siendo en el rigor del invierno, nada recreaban la vista, no presentando mas que una considerable porcion de apiñados y elevados troncos. Pero admiraba y alegraba ver la carretera tan poblada de viajantes y caballerías, y carruges, mostrándose allí el lujo de una corte á la sazón poderosa todavia, y de una grandeza opulenta, puesto todo ello en movimiento. Si el Madrid de 1841 en mucho hace ventaja al Madrid de 1807, en algunas otras cosas muestra la decadencia y postracion del cuerpo del estado de que es cabeza, combatido de bastante tiempo acá por tantos y tan recios males. Abundaban por aquellos dias los magníficos trenes y tiros al uso y gusto reinantes, no gastándose aun las diligencias públicas, las cuales ni en otras tierras eran tampoco numerosas, ni veloces, ni cómodas, ni de bella forma como lo son actualmente.

Apenas podian contarse en el camino que corriamos los tiros de lúcias y robustas mulas. Los mayores estaban sencillos y listos esperando á sus respecti-

vos ámos para enganchar, arrancar, y volar luego que llegasen. Era jeneral el anhelo de ser de los primeros en el Real sitio. Venia gente de los pueblos vecinos á ver aquel espectáculo, mas por admirar y divertir la vista que por tomar parte en el gran negocio que á los caminantes ocupaba.

Ibamos nosotros como el viento, ufanos, creyendo que á nadie teniamos por delante, y aun mirando con cierto orgullo y desden á los dependientes de ricos grandes que con todo su poder y dinero, tenian que irnos en pos cuando ellos, asi como nosotros, ponian su dicha en aquel momento en llevar la delantera.

Pronto nos vimos en Aranjuez, pero ¡oh dolor! á nuestro arribo nos encontramos con la desabrida noticia de que en vez del primer lugar nos tocaba solo el segundo, habiéndonos anticipado otros viageros que ya se habian presentado al principe de la Paz.

Algo menos erguido el cuello, solicitamos audiencia que nos fué al momento concedida. Entretuvimos en tanto en conversacion con el Inquisidor jeneral y Patriarca de las Indias el escelentísimo é Ilustrísimo Sr. Don Ramon de Arce, muy amigo de mi familia, gran privado del privado, sugeto de buenas y amables prendas, ilustrado cortesano, manso de condicion, en suma lo mas semejante posible de aquel Torquemada cuyo puesto, despues de tres siglos, habia venido á ocupar, y que al cabo ha llegado á pasar su avanzada vejez en suelo extraño, desterrado de su patria por haber servido al gobierno destructor del tremendo y famoso tribunal de que él fué cabeza. El señor Arce nos contó un lance curioso que acababa de suceder. Los afortunados que nos habian ganado la delantera, ignorando si habia adquirido el principe de la Paz con el tratamiento de Alteza las prerrogativas de Infante, resolvieron en la duda tratarle como á tal, é hincando ante él la rodilla, le besaron la mano como á persona de la reja estirpe, ceremonia que él habia dejado ha-

cer, ó ya le alhagase ó ya le dejase cortado de pura sorpresa. No íbamos nosotros preparados á hacer otro tanto, ni lo hicimos á pesar del ejemplo dado por nuestros antecesores. Pero era desgracia mayor sobre haber sido segundos en llegar, tener que quedarnos mas cortos que los primeros en el rendimiento.

El Almirante, aunque ante él no nos arrodillamos ni le besamos la mano, nos recibió afable pero distraido y como deseoso de despedirnos pronto para recibir nueva tanda de felicitadores. Oyó, sin hacer gran caso, las disculpas dadas á nombre de mi abuelo por su falta de comparecencia; como es de suponer, apenas me miró á mí, pobre muchacho, aunque se llamó su atencion á mi humilde persona. No por eso le culpo, no juzgando su engreimiento superior á lo que hacia necesario su fortuna. Si, colocado el hombre en una grandé altura moral asi como en una fisica, está sugeto á tener desvanecimientos de cabeza que le privan del sentido, tambien se atribuye sin razon á semejante achaque el natural efecto que produce ver los objetos á gran distancia y debajo de sí, cuando abarcando mucho la vista y pareciendo todo muy pequeño, es imposible atender á cada cosa particularmente, ó dar á cada una de las varias que bien se descubren la consideracion debida.

Terminó pronto la audiencia y con ella el negocio que al Real sitio nos habia llevado, quedándonos menos que medianamente satisfechos de nuestra expedicion; ordinario remate de semejantes actos, en que se afana en demasia el hombre por un objeto de corto valor y hasta en su duracion muy breve.

Volvimos pues á Madrid en aquella misma noche que era, como de la estacion, de las mas largas del año. Adormilados asaz y no menos mohinos atravesámos sin grande empeño de correr el camino que con muy diversa disposicion de ánimo íbamos pasando á galope en la tarde anterior, camino ciertamente no sepultado en silencio ni aun

en aquella hora, pues le poblaban ciento y ciento yendo á hacer lo mismo de que veníamos nosotros, y probablemente para sacar de un paso igual idéntico fruto.

Hecho ya el homenaje al poderoso, casi les pesaba á mis tíos de nuestro viaje. El don Antonio callaba, y el don Vicente, como si respondiese á reconvencciones que él mismo en sus adentros se hacia, exclamaba casi entre dientes «*Vaya, á lo menos no le hemos besado la mano*». En cuanto á mí, embarazado con mi vestido de ceremonia, solia ir dando cabezadas, pero cayendo al darlas sobre una punta que el puño de mi espada tenia, me lastimaba con ella el labio inferior, lo cual no contribuia á hacerme agradable la vuelta.

De este modo acabó la primera de las dos visitas por mí hechas al príncipe de la Paz, las cuales quiero recordar en el presente escrito, no habiendo sido las únicas que hice á tan alto personaje, pues antes y despues del día que acabo de citar, solia yo frecuentar su corte, notable por lo numeroso y lucido de la concurrencia.

Y diré de paso que tambien en el día de su regreso á Madrid, despues de su elevacion á Almirante, asistí á recibirle en sus espaciosos y ricos salones, llenos aquella tarde mas que otra vez de grandes y pequeños, de viejos y mozos, de mujeres de varia esfera, de eclesiásticos asi como de seglares, de militares asi como de togados, en fin de cuanto contenia España en su corte, sólitos sino sumisos, contribuyendo á dar robustez y esplendor al poder que pocos amaban. Llenaba la obsequiosa turba no solamente los vastos salones, y la no reducida antesala, sino tambien la magnífica recien concluida escalera; aquella escalera por donde años despues subian á la sala de sesiones los diputados de unas cortes democráticas; aquella escalera por mí pisada con frecuencia en la época posterior á que aludo, aquella escalera por la cual bajé yo, ora-

dor popular, entre vitores y como en triunfo, en el famoso 11 de enero de 1823 despues de haber echado retos á la Europa entera, no sin recordarme aun entonces cuan diferente pobre papel de comparsa habia yo representado alli mismo en mis primeros años.

Ni dejaré de decir, aunque sea digresion, que en los regocijos por la elevacion del Almirante recibió este por la vez primera palmadas del público junto en el teatro, dadas irreflexivamente, y venidas al cabo á redundar en daño del aplaudido, al cual engañaron persuadiéndole de que habia variado y empezaba á correr en su favor el viento de la popularidad que siempre le sopló contrario durante su progreso por el peligroso mar de la privanza. Aun me acuerdo de ver echadas á volar palomas en la casa de comedias alasomar en su palco el príncipe de la Paz: y alzarse el telon, y aparecer sobre un pedestal el busto del Almirante, y dirijirsele unos malos versos que conserva mi memoria y voy á poner aqui por muestra de lo que entonces se componia. Decian pues asi:

El sincero placer, el regocijo
Que sienten los actores del teatro
Por la prosperidad de vuestra Alteza,
Solo á sus corazones les es dado
Sentirle, pero nunca dignamente
Espresarle pudieran con el labio,
Y como demostrarle consiguieran
Con la magnificencia y aparato
Del teatral adorno? Cual obsequio
Fuera digno del héroe que admiramos?
Propio de la alta dignidad que goza?
Sin embargo, señor, solo guiados
Por nuestra gratitud y humilde afecto,
Este pequeño obsequio tributamos
A vuestra Alteza: la bondad que forma
Su amable corazon, verá este rasgo
Como una prueba del constante celo
De que están los actores animados.
Dígnese vuestra Alteza serenísima
Acogerle benigno, y continuando
Los favores que siempre nos dispensa,
Sea protector y padre del teatro.

Y tan pobres versos fueron aplaudidos, ni mas ni menos, y por lo mismo que el héroe á quien celebraban, por sorpresa causada por el espectáculo y la consideracion de tanta fortuna. Y malos como eran los versos, salian de cabeza acostumbrada á hacerlos muy buenos y de hombre de pensamientos nada ruines, que supo despues padecer hasta morir por causa nobilísima, cayendo en 1814 víctima del restaurado y ensañado despotismo, como amante de las instituciones populares.

Generacion nueva presente, no te envanezas al ver estos dichos y hechos de tus padres; que tambien tú pecas de adolorada si bien vistes la lisonja con diferentes arcos, incurriendo ademas en el feo vicio de hipocresia con dar á lo que es vil rendimiento, á la fuerza prepotente el aspecto y tono de una noble y aun altiva independencia.

Desde los sucesos que acabo de contar ó describir hasta el día de hoy han pasado algunos años, y sino muchos, tan preñados de grandes acontecimientos, que en ellos ha venido á trocarse completamente la faz de nuestra España.

Y á mí en las fortunas de mi patria, me ha cabido alguna y no pequeña parte.

Y tambien he sido ministro, no ciertamente poderoso y adulado como el príncipe de la Paz, sino denostado y combatido, que, dueño de una porcioncilla de poder por plazo corto, hube, al perderla, de verme precisado á esepar de la ira de mis contrarios triunfantes.

Estaba yo en París en el 1.º de enero de 1837. Por enlaces de familia habia yo venido á tener relaciones de semi-parentesco con el príncipe de la Paz, caído y desterrado. Como este se llama *Manuel*, y como por otra parte es costumbre entre los franceses visitar á los conocidos en el primer día del año, escogí aquella ocasion para verle, cumpliendo con un uso de nuestra tierra y con otro de la en que vivíamos á un tiempo mismo.

Fuíme al barrio en que reside el an-

tes poderoso, y acordándome de la calle en que vivia, pero no del número de la casa, hube de andar un rato averiguando su paradero. Difícil me era dar con un sujeto cuyo nombre ignoraban hasta sus vecinos, siendo así que habia representado un papel principal en los negocios de Europa veinte y nueve años antes, y que *Napoleon*, en el apogeo de su poder, no desdeñaba mostrársele afecto, tratánle como al verdadero rey de una nacion su aliada. Acerté al cabo con su mansion, que era en el cuarto piso de una casa decente, pero distante así como de lo pobre de lo suntuoso. Llamé á la puerta, salió á abrírmela un criado de modesto porte, le pregunté por su amo, le dije mi nombre, entróse él adentro, volvió á poco rato, y me convidó á pasar adelante, hasta un aposento chico y de escaso adorno donde vino á recibirme un anciano vestido casi con pobreza; y el anciano era el que treinta años antes caminaba igual ó superior á su rey, al rey de España, entonces señora todavia de dos mundos, al rey de España, entonces señor todavia de sus vasallos que tal nombre llevaban sin repugnancia ni extrañeza los españoles acostumbrados á la obediencia y así mismo al respeto.

El príncipe de la Paz me habló de su triste situacion, de sus justas pretensiones que con tanta injusticia no le concedia y le sigue negando el gobierno de España, y aun de los tiempos pasados de su privanza y ministerio, procurando justificar su conducta á mis ojos; á los ojos del que, pobre muchacho seis lustros antes, escasamente se divisaba entre la turba que le hacia una corte sumisa.

Apenas le oia yo, porque en mi breve visita hubo de encogérsese el corazon, y los ojos se me arrasaron en lágrimas, y se me escandecieron las mejillas viendo aquel ejemplo de lo breve y falaz de la grandeza humana, considerando aquel lastimoso espectáculo de un hombre sobreviviendo hasta á su memoria, y pensando en el inhumano ren-

con con que trataba mi patria á un ente tan desventurado.

Yo tambien era entonces un ministro derribado, un proscrito por segunda vez. Pero ¿qué poca y ridícula cosa me parecían mis elevaciones y caídas, comparadas con aquella gran catástrofe y ruina de que era testigo?

Y un pensamiento me ocupó la mente, doloroso pero exacto, el cual hoy mismo en ella subsiste. ¡Todo se muda en España y sin embargo el odio persevera! Si no es culpado el Príncipe de la Paz ¿cómo es que aun está padeciendo el mas severo castigo, sin que en su favor haya quien invoque la justicia? Si fue culpado ¿cómo no se le aplican las amnistías dadas á cuantos lo fueron de delitos políticos, en las cuales ciertamente está comprendido, pues que ninguna razon ni escepcion nominal de ellas le excluye? ¿Será posible que nunca valgan entre nosotros las leyes de la justicia comun, reconocidas y respetadas en otras naciones? Y teniendo tantas nuevas enemistades y tantos odios recientes ¿habrémos de conservar además de estos los antiguos?

De pedernal debe tener el pecho quien si vá á visitar al pobre anciano un tiempo tan poderoso, no se entenece y pida que se le dé un pedazo de pan para vivir y un pedazo de tierra para ser enterrado en España, al que solo aspira á presentar allí donde mandó una muestra mas de la fortuna y del rigor de la desdicha.

ANTONIO ALCALA GALLIANO.

REFLEXIONES SOBRE HOMERO Y LA TRAGEDIA GRIEGA. — CARACTERES DISTINTIVOS DE LA LITERATURA ANTIGUA Y MODERNA.

Destinada no solo la poesía á entretenir la inocente infancia de las sociedades semi-bárbaras y á conducir las á los combates y á la gloria, si que á inmortalizar y transmitir á la pos-

teridad en armonioso y encantador lenguaje los grandes hechos ó terribles sucesos que agitaron la vida ó la nacionalidad de algun pueblo célebre en la historia, suele siempre verter á manos llenas sus dones sublimes sobre el genio, á quien la providencia concediera el inestimable privilegio de saber reflejar con su númen divino todo lo que hubo grande, apasionado, terrible y poético en los anales de un pais. Así la Grecia, cuyo solo nombre recuerda á los amantes de la poesía y de bellas artes los mas dulces y gratos recuerdos, y cuya infancia ennoblecieran los heroicos hechos de Teseo y Hércules y la memorable guerra emprendida por el honor y la moralidad griega contra el genio voluptuoso del Asia, halló en Homero su sublime cantor; y así tambien la Europa caballerisca conmovida, como un solo hombre, á la elocuyente voz de un hermitaño y de un pontífice, y creadora del magnífico drama de las cruzadas, tuvo su esclarecido intérprete en la tierna y delicada musa del autor de la Jerusalem liberada. Y cuando este poeta de la historia y de la nacionalidad de un pueblo ha sentido latir en su corazón y reflejarse en su mente vivaz y rica de imágenes todo lo que aquella presenta de encantador y de sublime, entonces, su imaginación arrebatada conoce y crea la belleza ideal, dá á sus versos un colorido indeleble, eleva un monumento á su lengua y á su patria, imprime el sello de su poderoso genio á las costumbres y á la poesía; y las generaciones y los poetas que le siguen agotan los elogios y su numen para conservar el reflejo de las bellezas del primero, y formar el magnífico coro en loor de sus admirables dones.

Tal fué el destino del autor de la Iliada. No solo sus versos revelaron á la Grecia su religion y nacionalidad, no solo su canto entusiasmaba la poética imaginación del pueblo de la Heliada, si que cuatro siglos despues, cuando pasados sus tiempos mitológicos y caballe-

rescos y colocadas Atenas y Esparta al frente de la sociabilidad griega, volvía á triunfar del colosal poder del Oriente representado por la Persia, todavía el genio de Homero inspiraba la musa fuerte y varonil de Esquilo, y arrebató el corazón apasionado y dramático de Sofocles y Eurípides. Merecidos títulos de gloria y aun de originalidad quedan á los tres poetas trágicos de la Grecia; pero bien puede decirse, que sin la Iliada y la Odisea, ni el pueblo ateniense hubiera coronado su mérito, ni Voltaire y Racine habrían hallado el admirable modelo de la tragedia griega. Prerrogativa solo concedida á los mas altos poetas es la de imprimir el sello de su talento á los que vienen en pos y Homero alcanzó tan señalado don. Al cantar la memorable guerra de Troya, al reflejar su vivaz y poderosa imaginación los tiempos heroicos y caballescrescos de la Grecia, no solo presentó á ésta en armonioso y encantador lenguaje el hecho mas célebre de su historia, si que su relijion, su nacionalidad y sus costumbres, y todo lo que habia de santo y de respetable en el hogar doméstico, de fuerte y profundo en el dolor y el infortunio. Y si todavía ningun poeta ha podido igualar ni rivalizar su musa, cuando pinta los combates y la grandeza personal de sus héroes, no ha sido aun dado á mortal alguno interesar y conmover, á la manera de Homero, al presentar el cuadro de la desgracia. La despedida de Andrómaca de su esposo, las palabras de Priamo á su hijo, cuando parado sobre la puerta Escea se dirige á combatir á Aquiles y la amargura de Hécula y Andrómaca al observar el cadáver de Hector, revelan todo lo que puede haber mas sensible y delicado en las relaciones de familia, mas fuerte, terrible y desconsolador en el infortunio de una madre y de una esposa desolada. Y se vé siempre en Homero, que la terrible divinidad de los antiguos, aquella, cuya fuerza indomable rompía, segun Eurípides, has-

ta el duro hierro, y cuyo corazón estaba perpetuamente cerrado á la compasion y á la indulgencia, *el Destino* viene á dar mayor realce y energía á sus tristes y patéticos cuadros. Trabajado duramente por el pesar y la desgracia, un tinte profundamente melancólico domina el todo de sus composiciones gigantescas; y la Grecia, que creia en la indomable fuerza del destino y que tenía en los tiempos oscuros de su historia el ejemplo de ilustres personajes, arrastrados como por una fatalidad inevitable de delito en delito y de infortunio en infortunio, no podía menos de oír, absorta y transportada, á los melódicos cantores de los divinos versos de Homero.

Cuando un poeta llega hasta este punto á arrebatarse los aplausos y los votos de un pais, y á reflejar con tan brillante colorido todo lo que hubo grande y dramático en su historia, tan imposible sería que aun el mas privilegiado genio no recibiese de él su inspiracion, como absurdo y delirante adoptar nueva y contraria carrera de gloria; y no es tampoco que nosotros creamos que la belleza ideal tenga una forma definida y precisa como las estatuas antiguas, ni que prescribamos límites ni término fijo á la imaginacion y al talento: nosotros tenemos fé en las alas del genio, y nos hallámos íntimamente persuadidos, que constituyendo lo bello, lo ideal, é infinito el fondo y la esencia de la poesía y de las bellas artes, tan necio sería analizarlo y definirlo, como ridículo quererlo sujetar á reglas determinadas, que solo son admisibles en lo que el arte tiene de material, de ejecucion y de combinacion: mas estas convicciones no nos impiden pensar que para las naciones célebres á quienes sus claros hechos ganaron una página honrosa en la historia, hay solo una edad poética: aquella en que la fuerza y la energía de un principio moral animó la vida y la nacionalidad de un pais y le arrastró á nobles y arrojadas empresas. Cuando

han pasado los tiempos en que el sentimiento, el corazón y la imaginación dirigen y prestan un impulso uniforme á las acciones de un pueblo, su edad poética ha desaparecido: todavía algun genio privilegiado podrá sentir en sí el numen inspirador, y acertar á despertar en las almas sensibles impresiones delicadas y sublimes; mas no le será ya dado formar época, imprimir el sello de su poesía á la sociedad, ni hacer aquella nacional y fecunda.

(La conclusion en el número siguiente.)

FERMIN GONZALO MORON.

TEATRO DEL PRINCIPE.

LA HIJA DEL ABOGADO.—LA SOCIEDAD DE LOS TRECE, TRADUCCIONES DEL FRANCÉS.

Aunque tal vez sobrado sentimental, no deja de tener el primero de estos dramas notable interés escénico: obra, segun tenemos entendido, de Mme. Ancelot, resientese de las ideas algun tanto exageradas en que se complace y deleita la imaginación de esta señora. Amiga, como pocas, de presentar posiciones escepcionales, busca para nudo y móvil de sus argumentos una circunstancia difícil, á veces improbable y frecuentemente imposible. Asi es que sus dramas resisten pocas veces al análisis y se consideran como una coleccion de escenas, notables algunas por su interés, y llenas todas de sensibilidad y delicadeza. *La hija del abogado* es una niña que, por circunstancias particulares, ha vivido siempre lejos de su padre honra y prez del foro de París: casi abandonada en compañía de su abuela anciana, concibe, como es natural, una pasión vehemente por un jóven con quien huye y se casa en el camino: pero su marido pertenece á una clase muy elevada; es hijo único de un duque, de un par de Francia que fun-

da en él todas sus esperanzas de restaurar el lustre de su nombre, sin embargo que, por razones particulares tambien, le dejó sin esperiencia y solo en una de sus quintas: Clementina lo ignoraba, y solo miraba en Herman un alma que la entendia y le adoraba con delirio. Su destierro está concluido yá: el célebre abogado quiere vivir con su hija y la manda llamar: el duque tambien quiere casar á su hijo con la heredera de una fortuna competentemente aristocrática, y el drama principia en estos apuros para los amantes. Herman cuenta á su padre la verdad, pero el duque lo habia previsto y trata nada menos que de anular el matrimonio fundado en la seducción ejercida sobre el irreflexivo jóven. Su abogado es el padre de Clementina. Al saber tan triste nueva, vá la niña á presentarse á él; desde su infancia no la ha visto; recibela enagenado de alegría y, sin darle tiempo de referir sus desdichas, la deja mientras va á hablar al tribunal sobre el pleito mencionado. Vuelve despues de haber conmovido á los jueces con su elocuencia y entonces su hija le cuenta su desgracia; recházala el íntegro abogado, creyéndola culpable y ambiciosa; pero convencido de su inocencia, aguardando la hora fatal de volver al foro á continuar el litigio, su corazón está desgarrado por la lucha que traen sus deberes con su cariño. Si abandona al duque, falta á su promesa; á lo que creyó una convicción: si le defiende, mancha el nombre de su hija, la condena para siempre á la infelicidad. Su cliente llega entretanto, y como no conoce á su nuera, saluda afectuosamente á Clementina, llevándose al abogado. Un rato despues llega de nuevo á despedazar el alma de la jóven con la noticia fatal: su padre, sacrificando su cariño, ha ganado el pleito que defendia. El abogado vuelve: descúbrese todo: al duque quiere darle dinero y cederle una parte de su fortuna, admirando tanta nobleza: el infeliz padre desecha con desden sus dádivas y se retira: Herman llega y se complica la trama: al fin y aunque mas

tarde de lo que debiera, comprende el orgulloso duque que no hay mas que un pago para ciertos sacrificios; y acercándose al desolado jurisconsulto, le pide para su hijo la mano de Clementina.

Aunque rápida y poco cuidadosamente explicado, este es en resúmen el argumento del drama. A pesar de la vulgaridad de la intriga, y de la facilidad con que se anula aquel matrimonio sin oír á ninguno de los esposos, hay escenas de sumo interés, toques de la mayor delicadeza. La revelacion de Clementina á su atónito padre, la sorpresa del duque al reconocer la sublime generosidad del abogado conmueven poderosamente á los espectadores. Lástima es que sean tan largas estas escenas de sentimentalismo que llegan á causar al fin: el alma no puede permanecer mucho tiempo en ese estado violento de exaltacion: el efecto se desvirtúa y el interés se evapora.

La ejecucion fue muy buena por parte de doña Matilde Díez y de don Florencio Roméa: ambos comprendieron bien sus papeles y ambos los representaron con gusto y naturalidad. Parecieron el señor Luna bastante exagerado en sus maneras y tal vez nos equivoquemos, pero no sabia su parte, tambien como acostumbra. El señor Fabiani tuvo momentos muy buenos: el alegre y escéptico personaje que representaba, para nada sirve en la intriga de la pieza, sino para hacer contraste con el sentimentalismo de los amantes y jóvenes esposos.

La sociedad de los trece es un juguete dramático traducido ó arreglado por don Ventura de la Vega, lo que basta para creer que está perfectamente arreglado ó traducido. Se ha formado en Nápoles un club, una especie de masonería compuesta de trece personas, cuyo único objeto es seducir las muchachas de la ciudad, apostando magníficas cenas que paga el que sucumbe en sus proyectos. El fin como se vé no puede ser mas santo é inocente: así es que son parte de la sociedad los mas distinguidos miembros de la aristocrácia

napolitana. Por el momento está en planta una costurera llamada Isela, que vive strada Toledo, como es de rigor para quien vive en aquella tierra de lazzaroni: el general marqués de Rosental, y el coronel conde Hector se la disputan. La accion pasa en una venta, y ocupan la intriga los artificios de ambos rivales para perjudicarse mutuamente obteniendo los favores de la linda jóven, hasta que al fin, cansados de luchar con igual fortuna, descubren que pertenecen á la temida sociedad de los trece intrépidos cortejantes y la costurera se refugia al lado de su antiguo amante que es el mozo del meson.

La ejecucion de este juguete no merece mas que alabanzas. Don Julian Roméa y García Luna desempeñaron sus papeles con mucha gracia y con notable viveza. El señor Fernandez es un actor que debe gustar mucho en esa clase de personajes porque tiene toda la audacia, maneras picarescas y sultura que para representarla se necesitan. Pero quien en esta como en otras muchas ocasiones escede á todos sus compañeros es Matilde Díez cuyo flexible talento se presta á todas las situaciones: mucho hizo reír al público la pedante y sentimental Isela: su papel no era facil, y sin embargo no solo fue perfectamente ejecutado sino engalanado ademas con excelentes maneras cómicas.

LUCULO.

Salmo.

(IMITACION DE DAVIE.)

Librásteme, Señor, que humilde adoro,
del hierro y la malicia:
tu nombre ensalzaré con arpa de oro,
cantando tu justicia.

Dolores fieros mi ánima cereaban
de angustia y de quebranto:
de iniquidad torrentes inundaban
mis párpados de llanto.

Ciñéronme dolores del infierno
enemigos traidores;
y en mi tribulacion llamé al Eterno,
con agudos clamores.

Llegó mi voz del padre de clemencia
al oído divino;
y desplegó su grande omnipotencia
con fuego y torbellino.

Cimbróse de la tierra el eje duro
al contemplarle airado:
y retendió el cimiento mal seguro
del monte levantado.

Reventó la humareda de su saña,
y ardió la tierra luego,
desmenuzando en polvo la montaña
el estallante fuego.

Inclinando los cielos eternos,
descendió majestuoso,
veladas las dos plantas inmortales
en vapor tenebroso.

En grupos de Querubens sustentado,
tomó su raudal vuelo,
sobre las alas de aquilón llevado,
estremeciendo el suelo.

Entre tinieblas colocó su asiento;
negrosos le ceñían:
nubes por pabellón y pavimento
en torno le cubrían.

A su semblante de fulgores lleno
se resolvieron ellas,

despidiendo las aguas de su seno
granizos y centellas.

Y el señor que á los improbables aterra,
tronó desde la altura;
y poblaron los aires y la tierra
rayos y piedra dura.

Espesas, como aristas de los campos,
sus saetas hlovieron:
deslumbrados los ojos con sus lampos
atónitos huyeron.

Los fundamentos donde el orbe gira
descubiertos quedaron:
al soplo del aliento de su ira
los astros vacilaron.

Y de los mares las ocultas fuentes
se vieron descubiertas,
porque á su voz treparon las corrientes
hasta las cumbres yertas.

Entonces el Señor desde lo sumo,
alargóme la mano;
y asíome, y me libró de incendio y humo,
y fosco mar liviano.

El diluvio de brasas y de ondas,
y de enemigos fuertes....
todos quedaron en las fosas hondas,
cadáveres inertes!

¡Gloria al Señor, que defendió mi pecho
del hierro y la malicia:
y sus senderos seguiré derecho,
cantando su justicia!

P. DE MADRAZO.

DIRECTOR Y EDITOR,
FRANCISCO DE P. MELLADO.